

“LA ÚLTIMA MISIÓN”:
EL MARTIRIO EN SU CONTEXTO
PNEUMATOLÓGICO Y APOCALÍPTICO

José Cristo Rey García Paredes, CMF

Jornadas Martiriales –
Barbastro, 28 noviembre 2017

Hace pocos días celebramos la beatificación de 109 mártires, misioneros claretianos - después de un largo y minucioso proceso eclesiástico. Hace 25 años fueron así mismo beatificados los 51 mártires claretianos en esta ciudad, Barbastro. Más de 7.000 hermanos nuestros -obispos, presbíteros, religiosos y religiosas, laicos cristianos- murieron por nuestra fe en la contienda española o guerra civil del 1936. En su muerte mostraron una admirable dignidad. No asumieron el papel de víctimas. Se mostraron como auténticos misioneros y misioneras en el último y más serio acto de misión. En aquel momento su misión no se expresó en acciones, actividades apostólicas. La misión se expresó únicamente como “pasión”. Como Jesús crucificado, pudieron referirse a la misión recibida -en las postreras horas de su vida- como “la última misión” concluida con un “Consummation est!” y un “en tus manos, Abbá, encomiendo mi vida”.

Sobre esto versará mi conferencia: el trasfondo teológico y místico del martirio, interpretado como misión en un contexto apocalíptico y como interpelación a la vida cristiana -y a cada una de sus formas de vida y ministerio- de nuestro tiempo. Intento resaltar, de manera especial, el protagonismo del Espíritu Santo y ofrecer una interpretación pneumatológica del martirio -frecuentemente olvidada-.

Divido mi reflexión en tres puntos:

- 1) El martirio: misión apocalíptica:
- 2) El martirio: último “fiat” a una Alianza “a muerte”;
- 3) El martirio: victoria, relato y “evangelica testificatio”.

I. EL MARTIRIO: MISIÓN DEL ESPÍRITU EN CONTEXTO APOCALÍPTICO

El martirio cristiano -tal como la Iglesia lo entiende- no es un mero sucumbir a la violencia por una justa causa¹. Es el acontecer supremo de la misión. La misión es, ante todo, testimonio. Y la palabra griega que “testimonio” traduce es

¹ Cf. Tripp York, *Thinking through the Jon Sobrino's re-thinking of martyrdom*, en MQR (The Mennonite Quarterly Review) 78 (2004), pp. 213-234; Jon Sobrino, *Jesucristo Liberador. Lectura Histórico-Teológica De Jesús De Nazaret (Estructuras y Procesos. Religión)*, Madrid, 2013.

“martyria”. Que la misión es testimonio, nos lo dice el precioso texto inicial de la primera carta de Juan:

“Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos, acerca del Verbo de la vida- pues la Vida se hizo visible- y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos... para que estéis en comunión con nosotros” (1 Jn 1,1-3)

Cuando este testimonio y anuncio acontecen en contextos especialmente hostiles, agresivos y peligrosos, denominamos la misión con el adjetivo de “apocalíptica”. Veámoslo.

1. El paradigma “trinitario” de la Misión y no el “eclesiocéntrico”

Cada día somos más conscientes de que la misión hay que definirla, ante todo, como un atributo de nuestro Dios-Trinidad. La misión se inicia en el Dios Padre Creador, brota de sus entrañas (¡bella expresión de Marcelino Legido!), cuando nos envía a su Hijo Jesús. El Hijo realiza –sobre la tierra- la misión recibida del Padre, cumpliendo, en todo, su voluntad. La culmina en la cruz Tras su resurrección y ascensión al cielo, nos envía junto con el Padre al Espíritu Santo. A este acontecer misionero de Dios se le denomina: “Missio Dei”. Y ésta acontece ahora como “Missio Spiritus”.

En consecuencia, no debemos entender la misión como una actividad que la Iglesia realizada para gloria a Dios; sino como la inclusión de la Iglesia en la misión del Espíritu, que es memoria, actualización y continuación de la Misión de Jesús. La misión –así entendida- es “la madre de la Iglesia”. Para ello es convocada y agraciada con los más diversos dones carismáticos y ministerios. No es la Iglesia la que hace la misión. Es la misión la que hace a la Iglesia.

El gran protagonista de la Misión es siempre el Espíritu Santo. La Iglesia es su colaboradora, su cómplice, su asistente. Se dice acertadamente que “los Hechos de los Apóstoles” deberían ser denominados “los Hechos del Espíritu a través de los Apóstoles”. Pero ya lo había anticipado Jesús en la última Cena –en la versión del IV Evangelio- cuando le dijo a sus discípulos:

“Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo” (Jn 15,26-27).

Jesús resucitado les prometió también -después de darles muchas pruebas de que estaba vivo-:

“Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra” (Hech 1, 8).

La comunidad cristiana se sintió –ya desde el principio- movida, conducida y actuada por el Espíritu. Y comprendió su misión como “testimonio”. En la misión -como testimonio- el Espíritu Santo y nuestro espíritu actúan al unísono. La Iglesia es testigo también como cuerpo de Cristo, como Esposa unida a su Esposo. El

Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven Señor! (Apc 22,17). Y el que da testimonio responde: “Sí, vengo pronto” (Apc 22, 20). El Espíritu no es el “asistente” de la Iglesia en la misión; sino el protagonista de la misión con la complicidad de la Iglesia².

La misión es, ante todo, el acontecer del testimonio: Jesús, el Espíritu, la Iglesia y el testigo. ¡Todos al unísono! Éste es el paradigma trinitario de la Misión.

2. El martirio: testimonio en un contexto apocalíptico

La misión del testigo es presentada en el Nuevo Testamento con los términos griegos “martyr” y “martyria”, que en aquel tiempo no significaban lo que posteriormente hemos entendido por “mártir” y “martirio”³.

Con todo, ya en el Nuevo Testamento se conecta al “testigo” con la muerte violenta o el peligro de muerte⁴:

- *Esteban* –cuya muerte violenta fue relatada por Lucas como una humilde reproducción de la muerte de Jesús en la cruz (Hech 7,54-58)⁵.
- *Antipas*, denominado –como Jesús en el Apocalipsis– “testigo fiel”, que fue sacrificado o asesinado (Apc 2,13).

² Cf. José Cristo Rey García Paredes, *Cómplices del Espíritu. El nuevo paradigma de la misión*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2015.

³ G.W. Bowersock, *Martyrdom and Rom*, Wiles Lectures, Cambridge University Press, 1995. Sobre el significado de la palabra “mártir” y su evolución, cf. o.c. pp. 1-21. En la literatura cristiana el término “mártir” adquirió un sentido técnico y fuerte. No era lo mismo una honorable y gloriosa muerte que un martirio. “Martyr” es, en su origen, una derivación de la palabra griega *martyr* que después se convirtió en la palabra latina “Martyr” y “Martyres”, y no “testis” y “testes”. En su sentido griego “martyr” era el término propio del testimonio en los tribunales griegos, aunque también se utilizaba metafóricamente en otros casos de observación o testificación. En cambio, en la literatura cristiana, ya a partir de la segunda mitad del siglo II comenzó ya a significar *morir por una causa*. Y a partir de entonces la palabra griega y latina comenzaron a significar lo que hoy significan.

⁴ La palabra griega “martyr” aparece frecuentemente en el NT con el sentido de “testigo”: quienes dan testimonio de los sufrimientos de Jesús y de su Resurrección. En muchos casos es el modo de describir a un apóstol. En el Apocalipsis Jesús mismo aparece como el testigo fiel. Expresión que utilizó el poeta griego Píndaro. Jesús dio testimonio de la gloria de Dios. Nada nos hace pensar que Juan se refiere a Jesús como un mártir que murió a manos de las autoridades romanas. Solo hay dos pasajes en el texto griego del NT que podrían ser interpretados como hoy entendemos la palabra mártir.

⁵ El otro caso es el de Esteban, apedreado después de ser acusado de blasfemo. Acaba su discurso dando testimonio y declarando que ve en los cielos abiertos a Jesús de pie a la derecha de Dios. En este momento la audiencia grita con fuerte voz, se tapó los oídos, lo echó de la ciudad y lo apedrearon, Más tarde en los Hechos Pablo alude a la lapidación de Esteban con estas palabras: “Cuando fue derramada la sangre de vuestro mártir Esteban” (Hech 22,20). Solo unos versículos antes Pablo se refirió a su elección por parte de Dios como “testigos para todos los hombres” de lo que había visto y oído (Hech 22,15). Es difícil pensar que cuando refiere esta misma palabra a Esteban, pensara de forma diferente a cuando la refiere a sí mismo. Este es el único texto en el NT que podría haber animado efectivamente al sentido de martirio tal como después se desarrolló.

- *Los cristianos perseguidos*, a quienes la primera carta de Pedro exhorta a compartir –desde el aguante y la esperanza– los sufrimientos de Cristo (1 Ped 4,12-13; 1,13); sufrimientos que tienen el poder de transformar incluso a los perseguidores (cf. 1 Ped 3,15).

Eso fue lo que Jesús anticipó y reveló en su último discurso, el apocalíptico⁶, en la última Cena⁷, en Getsemaní y en la cruz. En una de las horas más sagradas del año judío, Jesús se entrega a la muerte por Israel, y desde Israel “por todos”. Ofrece el cáliz de la nueva Alianza en su sangre (cf. Ex 24,4.8). Su muerte será expiatoria y transformará al pueblo, al mundo: se convertirá en la acción salvífica definitiva de Dios.

Cuando la Iglesia del Nuevo Testamento se vio acosada por la terrible persecución en el imperio romano descubrió la dimensión apocalíptica de la misión, la profecía de consolación y esperanza que el Espíritu le comunicaba⁸. Y vio a Jesús en el centro de todo, pero ya resucitado, tal como el Espíritu nos lo revela⁹.

⁶ “¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que han sido enviados a ella! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas! Pero no habéis querido” (Mt 23,37-38).

⁷ En ella Jesús ofreció a sus Doce apóstoles –símbolo de las doce tribus de Israel– el cáliz de vino tinto. Les dijo que era “su sangre derramada”, expresión anticipada de su muerte por muchos (Mc). “Derramar sangre” significaba “matar”. Cuando el cuarto canto del siervo de Yahweh habla de él, representa a “los muchos” (Is, 52,13 – 53,12), ya se refiere a los pueblos paganos. Israel ocupa vicariamente el lugar de los pueblos.

⁸ Cf. Anthony Garland, *A Testimony of Jesus Christ - Volume 1 - A Commentary on the Book of Revelation*, SpiritAndTruth.org, Camano Island, 2004. El libro de la revelación de Jesucristo (Apc 1,1). El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía (Apc 19,10). “Las Escrituras dan testimonio de mí” (Jn 5,39). El tema central del Apocalipsis es dado en el título “La revelación de JC ...” (Apc 1,1). Jesús es el tema central de la Revelación. Jesús es el autor de la Revelación y el sujeto de ella. Y no hay que distraerse de este tema central cuando se hable de trompetas, truenos, copas, las bestias etc. Y del Señor resucitado. Es el único libro del NT que nos presenta a Jesús como Él es ahora. Los evangelios lo presentan como el hombre de sufrimientos, familiar con los sufrimientos durante su vida mortal. El Apocalipsis nos lo presenta en su gloria y majestad, después de su resurrección y ascensión. El Apocalipsis focaliza en el retorno de Jesús para instituir su perfecto reino en la tierra.

⁹ Jesús es el testigo fiel (Apc 1,5), el primogénito de entre los muertos (Apc 1,5), “el leader de los reyes de la tierra (Apc 1,5), “el alfa y la Omega” (Apc 1,8; 21,6), “el primero y el último” (Apc 1,17), “el Viviente” (Apc 1,18), el que tiene en su mano derecha las siete estrellas, el que camina entre las siete lámparas de oro (Apc 2,1), el que tiene la espada de doble filo (Apc 2,12i), el Hijo de Dios (Apc 2,18), el que tiene ojos como llama de fuego y sus pies como bronce ardiente (Apc 2,18); el que tiene los siete espíritus de Dios y las siete estrellas (Apc 3,1); el que es santo y verdadero (Apc 3,7), el que tiene en su mano la llave de David, que abre y nadie puede cerrar, que cierra y nadie puede abrir (Apc 3,7); el Amén, el verdadero y fiel testigo (Apc 3,14), el comienzo de la creación de Dios (Apc 3,14), el león de la tribu de Judá (Apc 5,5), la raíz de David (Apc 5,5) el cordero de Dios (Apc, 5:6; 6:1; 7:9-10; 8:1; 12:11; 13:8; 14:1; 15:3; 17:14; 19:7; 21:9; 22:1); el Señor, santo y verdadero (Apc. 6:10); el que es llamado fiel y verdadero (Apc 19:11); ‘la Palabra de Dios’ (Apc 19:13); el rey de reyes y señor de los señores (Apc 19:16); Cristo Mesías, que gobierna la tierra con sus santos glorificados (Apc 20:6); y Jesús la raíz y descendiente de David, la radiante estrella de la mañana (Apc 22:16). El libro del Apocalipsis reclama ser profecía (Apc 1:3; 10:7, 11; 22:7, 10, 18, 19). Pero, tal como el ángel explica a Juan “el testimonio de Jesús es espíritu de profecía (Apc 19:10).

El “seréis mis testigos” no fue misión fácil para los discípulos y discípulas de Jesús¹⁰. Cuando salieron de la espasmódica espera de la vuelta inmediata del Señor, optaron por introducirse en la sociedad para dar a luz al “hombre nuevo”.

- La Iglesia se vio a sí misma como una *mujer encinta pronta para a luz* (Apc 12, 2), pero también bárbara y violentamente perseguida por un enorme dragón rojo, dispuesto a devorar al hijo de la mujer apenas naciera (Apc 12,3-4). La Iglesia se vio precisada a huir al desierto (Apc 12,6). Se vio presente en un mundo que la enviaba a la muerte, que no quería dialogar con ella, sino acallarla. (Urs von Balthasar denominó la difícil relación de la iglesia martirial con su mundo relación “trans-dialógica”¹¹). Y en ese punto se sintió identificada con su Señor crucificado. (Siglos más tarde, Tomás Kempis dijo: “Mira que todo consiste en la cruz, y todo está en morir en ella”¹²). La Iglesia no renunció a la Misión, la expresó en otra clave: el testimonio, el martirio, la pasión, el silencio elocuente. Y así ha ido sucediendo a lo largo de la historia de la Iglesia, hasta hoy.
- La imagen de la *nueva Jerusalén* que baja del cielo, enviada por Dios, como una novia que se prepara para celebrar su Alianza está en contraste intencional con *la otra ciudad, la Babilonia criminal, la gran Prostituta* que seduce al mundo entero. Babilonia será destruida y la Nueva Jerusalén establecida para siempre. La Babilonia criminal está fundada sobre la piedra angular del odio, la violencia, el negocio injusto, la búsqueda inmoral del poder, la lujuria, la permanente intervención de las dos Bestias en ella. En cambio, la Nueva Jerusalén está fundada sobre la piedra angular -rechazada por los arquitectos-, el Cordero inmolado, el no-violento, Jesús, que ofrece a la humanidad una alianza nueva y eterna, que entrega su vida para el perdón de los pecados.

Cuando Satanás, el acusador de los hermanos, es precipitado al abismo se dice:

“Ellos le vencieron en virtud de la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio que dieron, porque no amaron tanto la vida que temieran la muerte” (Apc 12,11).

¹⁰ Robert Gordon Maccini, *Her Testimony is true. Women as witnesses according to John*, Library of New Testament Studies, Sheffield Academic Press, Sheffield, 1996. El texto del cuarto evangelio presenta a las mujeres como testigos de Jesús: la samaritana, Marta, la Madre de Jesús y otras, María Magdalena. El discípulo testigo responsable del evangelio de Juan define su libro como un “martyria”, testimonio y su testimonio es verdadero (Jn 21,24). También los testimonios de las mujeres en el evangelio son verdaderos porque la fe del testigo que ha nacido del Espíritu como hijo o hija de Dios. Su testimonio es verdadero porque creen que el Mesías es el Hijo de Dios y es Jesús. Cf. Teny Pirri-Simonian, *Prophetesses, Martyrs, Saints. Roles of Women in the Church through the ages*, en “The Ecumenical Review” 60 (2008), pp. 59-60; David Jacobson, *Of Virgins and Martyrs. Women and Sexuality in global Conflict*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2013.

¹¹ Cf. Urs von Balthasar, *Córdula o el caso serio*, Sígueme, Salamanca, 1971.

¹² Tomás Kempis, *Imitación de Cristo*, cap. XII, 3

En contextos apocalípticos el testimonio de Jesús es sumamente arriesgado. La muerte violenta por causa de Jesús se convierte en el “caso más serio” del testimonio. El testigo participa así de la muerte de Jesús, pero también participará de su victoria.

II. EL MARTIRIO: “ÚLTIMO FIAT” A UNA ALIANZA “A MUERTE”

Propio del mártir cristiano no es únicamente su testimonio, sino también su fidelidad a la nueva y definitiva Alianza. Hoy podríamos emplear la expresión deportiva “¡a muerte!” –referida a la entrega total de deportista al juego para vencer- para expresar la entrega del creyente, del mártir a la Alianza: ¡sin ningún tipo de reservas! El pecado sería –en esta metáfora- el adversario que intenta derrotarnos con su energía negativa-, es decir, que nos seduce para romper la Alianza y quebrantar el mandamiento principal de ella: “Amarás....”

1. “Donde haya odio ponga yo amor”

El mártir se define –desde el agresor- como una persona “odiada” a causa de su fe y de su fidelidad a la Alianza con Dios. *El odio es un sentimiento negativo causado por el perverso sistema de los pecados capitales.* Éstos son –decía Dante- “amor” en estado de diabólica deformación:

- amor *pervertido*: soberbia, ira, envidia;
- amor *excesivo*: avaricia, gula, lujuria;
- amor *deficiente*: pereza y acedia. El odio es amor deforme y diabólico. Evocamos el principio clásico de “virtus in medio”.

La apocalíptica cristiana es muy sensible a las redes del mal. Descubre cómo en ellas se despliega el odio asesino, la infidelidad a la Alianza se vuelve más bestial, el corazón humano se pervierte.

Quien odia, camina en la oscuridad y está ciego (cf. 1 Jn 2,11). Quien odia a su hermano o hermana es un asesino y en él no habita la vida eterna (1 Jn 3,15). Quien odia miente cuando dice que ama a Dios –en cualquiera de sus advocaciones-. No se puede amar al Invisible si no se ama aquello que de Él es visible en la tierra (1 Jn 4,20).

Quien es odiado y martirizado por su fe, en cambio, lucha contra el mal con la no-violencia activa: presenta la mejilla izquierda a quien le hiere en la derecha (Mt 5,39); al mismo tiempo que denuncia el mal, lo vence con el perdón: así el martirio es simultáneamente *don* y *per-dón* (¡quien perdona, “dona” dos veces!). Cuando Jesús nos ofreció el cáliz dijo: “Esta es la sangre derramada por todos... para el perdón”.

Dag Hammarskjöld¹³ nos ayuda a comprenderlo en un texto de su Diario “Señales en el camino”:

23 Pascua de 1960. El perdón rompe la cadena de causa y efecto por el hecho de que quien –por amor– «perdona» asume sobre sí las consecuencias de lo que tú hiciste”.

Las consecuencias del pecado quedan enquistadas y enraizadas en la historia. Cuando el amor es amor verdadero, no solo perdona, sino que asume la responsabilidad por las consecuencias de lo que el otro ha hecho. Y esto tiene un precio. No se produce sin sacrificio. Solo pueden alcanzarse resultados positivos cuando son muchos los que trabajan por sanear las consecuencias de la culpa de los otros. Surge así una nueva cadena de causas que actúa contra la cadena de causas de la culpa. Por eso, en el martirio es tan importante el perdón de los enemigos. *Los mártires forman una gran red en contra de los efectos del mal.*

La muerte expiatoria de Jesús fue una muerte por los demás, auto-vaciamiento hasta lo último, agape en su sentido más radical. Rompió la conexión de la desdicha y la perdición del mundo. Creó un nuevo suelo sobre el que es posible superar las consecuencias del pecado¹⁴.

En continuidad con Jesús, la muerte violenta de sus discípulos y discípulas tiene también un carácter representativo y expiatorio. Por eso, es tan importante el perdón: porque quienes mueren bajo la violencia, pero perdonando, asumen la responsabilidad por las consecuencias de los que otros han hecho. La sangre es el precio que pagan. Ese es su sacrificio.

La vida cristiana cuenta con los “consejos evangélicos” del Espíritu para superar el ataque agresivo del sistema diabólico de los siete pecados capitales y entrar en el territorio del “testimonio fiel”.

2. Defensa de la identidad “cristiana”: “Quiero ser quien soy”

En el lenguaje cristiano “martyr” no se tradujo por “testis”, sino que se latinizó el término griego quedando la palabra “martyr”. Para no pocos autores el martirio cristiano se identificaba con el auto-sacrificio, con la muerte noble de los héroes, o con el martirio voluntario, o el auto-thanatos¹⁵. Más allá de estos debates, hemos de decir que el martirio pone en escena la identidad cristiana auténtica: “es la representación externa de la realidad interna de la vida cristiana”¹⁶.

¹³ Segundo Secretario General de la ONU, que murió en un accidente aéreo el 17 de septiembre de 1961 en la frontera con Katanga, cuando estaba desplegando sus esfuerzos por evitar una guerra civil en el Congo-.

¹⁴ Gerhard Lohfink, *Jesús de Nazaret: Qué quiso, quién fue*, Herder, Barcelona, 2013 *Posición en Kindle5802-5808).

¹⁵ Cf. Jan Willem van Henten and Friedrich Avemarie, *Martyrdom and noble Death*. Selected texts, Routledge, London, New York, 2002; Margaret Cormack (editor), *Sacrificing the self. Perspectives on Martyrdom and Religion*, Oxford University Press, 2002; Mathew Recla, *Autothanatos. The Martyr's self-formation*, en “Journal of the American Academy of Religion”, 82 (2014), pp. 472-494.

¹⁶ Hans Urs von Balthasar, *The Moment of Christian Witness* (San Francisco: Ignatius, 1994), p. 22.

“Había dos mujeres en el pequeño grupo de cristianos, condenados a la pena capital por el procónsul de Cartago Saturnino. Sus nombres eran Vestia y Segunda. En el interrogatorio previo a la condena ellas reafirmaron su fe en el Dios invisible y se negaron a dar culto al emperador. Vestia respondió: “Yo soy una cristiana”. Segunda dijo: “Yo quiero ser quien soy”¹⁷.

El mártir da al César lo que es del César; pero se opone a darle lo que únicamente pertenece a Dios; por eso, no se doblega ante ningún ídolo; Dios es su instancia última, la suprema hegemonía ante la que se rinde. ¡Así lo demostraron dos mujeres de las que nos hablan las Actas de los Mártires de Cartago!

Para estas dos mujeres el martirio fue la consecuencia de su propia identidad: “¡soy cristiana!” (Vestia), “quiero seguir siendo quien soy” (Segunda). Y así lo proclamaron en situación de riesgo, peligro, amenaza para su vida: “Para los cristianos el martirio es la declaración de la esencia de su propio ser: Yo soy un cristiano”¹⁸.

Y ésta ha sido siempre la respuesta de miles y miles de mártires cristianos, religiosos: en el martirio exhibieron su carnet de identidad, grabado en su propio cuerpo entregado hasta la muerte.

3. Representación “en miniatura” de la pasión del Señor

A los mártires les fue concedido *representar en miniatura la pasión de Jesús*, su Señor.

Kevin Vanhoozer en su libro “El drama de la doctrina” utiliza la imagen de la representación teatral (la “performance”) para describir el martirio como representación de la cruz de Cristo¹⁹. La motivación para asumir el martirio no es la crítica, la denuncia, sino –ante todo- ofrecer al mundo una “dramática performance” de la muerte de Jesús “por todos”; el martirio es profecía en acción, que invita a considerar la verdad que el mártir testifica: esta verdad no es política, sino salvífica.

La iglesia mártir nos solo celebra la Memoria de la Muerte de su Señor en la Eucaristía, sino también en testimonio de sus mártires, participe de una gran nube de testigos (Heb 12,1). En el pasado y en el presente, la vida consagrada, la vida ministerial y la vida laical, han aportado muchos mártires a la humanidad:

“obligados a vivir en clandestinidad por regímenes totalitarios o grupos violentos, obstaculizados en sus actividades misioneras, en su ayuda a los pobres, en su asistencia a

¹⁷ ‘The acts of the Scillitan martyrs’, VI, en Herbert Musurillo, *The Acts of the Christian Martyrs. Early Christian Texts*, Clarendon, Oxford 2000, p. 87.

¹⁸ Daniel Boyarin, *Dying for God: Martyrdom and the Making of Christianity and Judaism*, Stanford University Press, Stanford, 1999.

¹⁹ Kevin Vanhoozer, *The Drama of Doctrine: A Canonical-Linguistic Approach to Christian Theology*, (Louisville, KY: Westminster: John Knox Press, 2005), pp. 431–434.

los enfermos y marginados; soportando largos y heroicos padecimientos, llegando frecuentemente a dar su sangre, en perfecta conformación con Cristo crucificado” (VC, 86).

“La Iglesia ha reconocido ya oficialmente la santidad de algunos de ellos y los honra como mártires de Cristo, que nos iluminan con su ejemplo, interceden por nuestra fidelidad y nos esperan en la gloria. Es de desear vivamente que permanezca en la conciencia de la Iglesia la memoria de tantos testigos de la fe, como incentivo para su celebración y su imitación” (VC, 86).

4. “Alguien sufrirá conmigo”

En el relato de la Pasión de las mártires norte-africanas Felicidad y Perpetua aparecen profecías y visiones, como dones del Espíritu Santo. Perpetua demostraba con sus visiones que estaba en contacto directo con lo divino. Tuvo una visión en la que un representante divino le dijo: “No temas, yo estaré aquí contigo, yo sufriré todo el tiempo contigo”²⁰. Esta era la convicción de los mártires: ¡que no estaban solos o solas en su suplicio! ¡que Alguien sufría con ellos, con ellas!

El martirio fue ya desde sus inicios una peculiarísima manifestación del testimonio del Espíritu. En los momentos de turbulencia, persecución, muerte, el Espíritu reveló a los testigos el misterio de la Cruz y les hizo descubrir el consuelo en el desconsuelo, la protección en la persecución, la vida en la muerte, el *adventus* de Dios en la aparente desesperación.

III. EL MARTIRIO: VICTORIA, RELATO Y “TESTIFICATIO”

El mártir cristiano no es un ser pasivo, que acepta sin más la muerte violenta. En el mártir se produce un proceso espiritual extraordinario, no exento de tentaciones y luchas interiores. Después el martirio se convierte en relato transmitido por la tradición que genera deseos de imitación y ofrece criterios de discernimiento: es lo que llamamos la dinámica espiritual del martirio y el don que supone para la humanidad.

1. Las cuatro tentaciones que entorpecen la Misión y el Testimonio

En su obra “Asesinato en la Catedral (*Murder in the Cathedral*)” Thomas Steems Eliot logra una extraordinaria *descripción del martirio cristiano* a partir de cuatro tentaciones que el obispo Thomas Becket –anterior canciller del rey- enfrenta y vence. Son tentaciones que le asemejan a Jesús en sus tentaciones, su pasión y su muerte. El tentador no es un personaje exterior, sino interior: la tentación proviene de los rasgos de su propio carácter, de su identidad, de sus sombras inte-

²⁰ *Pasión de Perpetua*, 10,1.

riores. T.S. Eliot las describe como “lucha contra las sombras” (*strife with shadows*)²¹. Estas son también las tentaciones anti-martirio que afectan a la vida consagrada en nuestro tiempo.

- *La primera tentación: ¡disfruta de “la buena vida”! ¡Todo se puede armonizar!* El tentador le invita a evitar la muerte para disfrutar de una vida segura y fácil. No hay que ser tan radical ... Pero Thomas Becket le responde con una cierta petulancia burlona; él opta por una armonía diferente: la paz -no como la da el mundo- sino aquella que el Señor concede²²-. La vida consagrada pierde su identidad cuando se entrega a “la buena vida” y “se casa” con todo. Es decir: ¡rompe la Alianza!
- *La segunda tentación: ¡utiliza tu poder sagrado –carismático- para finalidades temporales!* Es la llamada a participar en la comunidad política, a ser útil al Estado, a los ciudadanos, sin la intransigencia de quien todo lo basa en la “voluntad divina”. Hay que ser más diplomático, más flexible. Richard Rorty lo expresa con esta doble expresión: asumir el “yo irónico” y no el “yo metafísico”²³. Y esto llevaría a la profesionalización, a los pactos y al olvido de la centralidad de la Alianza. Thomas Becket no aceptó separar su fe de la acción política y, por eso, renunció a la política y prefirió asumir el servicio sufriente del Hijo del hombre y la autoridad de aquel que está en el trono más alto (Hech 5,29). La vida consagrada puede entregarse de tal manera a la profesionalización que entre en una zona de “ateísmo práctico”.
- *La tercera tentación: ¡rebélate contra el poder del rey y promueve el cambio político!* Cuando -tras la multiplicación de los panes y los peces- unos hombres quisieron hacer rey a Jesús por la fuerza, Jesús lo rehusó y se aisló (Jn 6,15); lo declaró después ante Pilato: “Mi reino no es de este mundo” (Jn 18,36). Ésta es la tentación de los religiosos y religiosas revolucionarios, progresistas, que se implican en una política radical, como si de una idolatría se tratara. Thomas Becket la vence, evocando que Jesús pidió que se le pagara el tributo al César con la moneda en que su imagen estaba grabada (Mt 22,16-21; Mc 12,13-17; Lc 20,21-25); pero, sobre todo, respetar a cada ser humano -en quien está grabada la imagen de Dios. Ese difícil equilibrio expone a muerte al discípulo de Jesús.
- *La cuarta tentación: ¡cumple tu deseo profundo de morir mártir y así obtendrás el honor póstumo como recompensa!* Ésta fue la tentación más sutil y sorprendente: convertirse en un *héroe espiritual*, que después será beatificado, canonizado, glorificado. Orígenes decía: “¿Qué persona muerta podría ser más merece-

²¹ Cf. Paul Lapworth, *Macmillan Master Guides. Murder in the Cathedral by T.S. Eliot*, Macmillan Education LTD, London 1988.

²² Cf. *Interlude*, 28-41.

²³ Richard Rorty, *Contingency, Irony, and Solidarity*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

dora de alabanza que aquella que ha elegido morir por su religión, con temperancia, fortaleza, prudencia justicia?”²⁴; Clemente de Alejandría se admiraba del autocontrol de los mártires²⁵. Thomas Becket, sin embargo, renuncia a esta gloria. Es consciente de que esta motivación corrompe la idea misma de martirio porque se centra en el “ego”²⁶. Se muere por Dios, por su voluntad. El discípulo de Jesús sabe que no puede morir “como Jesús”, pero sí “con Jesús” –junto al Maestro, vigilando y orando para no caer en tentación, como en Getsemaní-. Uno muere para dar gloria a Dios, no para la propia glorificación: el mártir sólo se gloría en la cruz de Jesucristo (1 Cor 1-2), renuncia al código del honor. “Un martirio es siempre un diseño de Dios”²⁷. Por eso, ¡qué peligroso es eso de querer morir mártir, cuando el “ego espiritual” anda por ahí rondando!

Después de las cuatro tentaciones Thomas Becket permanece en silencio y se prepara para el acto final del martirio. Los coros interpretan las dudas de los discípulos. “No hay descanso en la casa”. Se crea un paralelo a la crucifixión de Jesús. ambiente semejante a la crucifixión de Jesús. Es el momento de la máxima debilidad: “Sálvanos, sálvate a ti mismo”.

2. El relato persuasivo: el don y no el victimismo

El martirio no es sólo un testimonio puntual que acontece una vez en la historia; tiende a extenderse en el tiempo. Y, para ello, se convierte en “relato”. De ahí la importancia de quienes escribieron y siguen escribiendo las “Actas de los Mártires”, o los relatos de martirio, los martirologistas, o de quienes representan el martirio iconográficamente o musicalmente..

Decía Paul Ricoeur que en todo relato se combinan dos elementos: el cronológico (dimensión episódica) y el no-cronológico (construcción significativa de todos los eventos dispersos). Es así como el relato se configura como una historia. El relato martirial es único²⁸; da lugar a un género literario que va más allá de cualquier otro género²⁹.

Quienes elaboran los “relatos de martirio” o iconos artísticos de ellos, no deben sucumbir a la tentación de exagerar retóricamente los detalles del sufrimiento y de la tortura del mártir para impactar al público. Con esa estrategia no benefician la causa de los mártires; los presentan simplemente como víctimas y ponen el foco de atención en el proceso de sus sufrimientos y penalidades. En tal versión de los hechos, desaparece el testimonio.

²⁴ Orígenes, *An exhortation to martyrdom*, I, p. 41.

²⁵ Clemente de Alejandría, ‘Stromateis’, IV.7.

²⁶ Seek the way of martyrdom, make yourself the lowest /On earth, to be high in heaven (I.569-70).

²⁷ “Always the design of God...” (Interlude, 65).

²⁸ Paul Ricoeur, ‘The narrative function’, *Semeia*, 13 (1978), pp. 177-202.

²⁹ Cf. Paul Hernadi, ‘Modern martyr plays beyond genre’, *Neohelicon*, 13 (1986), pp. 141-62.

Los Evangelistas, en cambio, siguieron en sus relatos –de la pasión de Jesús– otro camino: no se detuvieron en narrar pormenorizadamente sus sufrimientos; ni nos lo presentaron como un sin-voz, un desposeído de poder; no prestaron especial atención al sadismo de los verdugos, ni nos lo describieron como un personaje de tragedia griega, llevado por el destino. Los evangelistas, y en especial el cuarto Evangelio, nos presentaron, en cambio, a un Jesús dueño de sí mismo, consciente de su misión, del sentido de su entrega y sacrificio. El pathos de Jesús fue mesiánico, divino. Nos mostraron así que ¡la martiro-logía no debe convertirse en victimo-logía!

El martirio no es *un relato de destrucción, sino de imitación de Jesús*, que pide a sus discípulos “amar a los enemigos, orar por los que nos persiguen” (Mt 5,44). El martirio es resistencia ante quienes tratan de impedir la lealtad y fidelidad a la Alianza. El martirio es comunicación de identidad, pero una identidad que es cruz, es decir, escándalo para los judíos y locura para los griegos (1 Cor 1-2).

En el último capítulo de su libro “La Belleza del Infinito” David Bentley Hart habla del “Don de los mártires”. En él muestra que el martirio es la única forma de persuasión que tiene el cristianismo: ésta no se basa en la retórica, sino en la belleza de un amor que se entrega, que se dona y perdona justamente cuando uno es rechazado y condenado. El mártir no se opone a la violencia porque es un liberal o porque acepta el pluralismo: el mártir está habitado por la hospitalidad en respuesta a la hostilidad.

A través de los relatos de martirio y sus representaciones, el Espíritu Santo ejerce una paciente y fascinante persuasión: con el tiempo, hasta los verdugos se arrepienten y miles y miles de personas se ven afectadas por el testimonio martirial e incluso cambian los trayectos históricos de los pueblos.

3. El martirio indica dónde está la Iglesia

Las cartas de la Congregación para Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica –con motivo del año de la vida consagrada– hablan del martirio; pero lo que ellas nos dicen es válido para todas las formas de vida cristiana:

“La vida cristiana testimonia, hasta con el martirio, la alegría de su vocación y su fidelidad a su identidad en la Iglesia”³⁰.

La vida cristiana da testimonio desde el corazón. La *sabiduría del corazón* nunca separa el amor de Dios del amor hacia los otros, particularmente hacia los pobres, los últimos, «carne de Cristo», rostro del Señor crucificado. Por eso, no basta la competencia profesional, el cumplimiento de cuanto se programa: es necesario formar el corazón para que la fe sea operante en el amor (cf. Ga 5,6).

³⁰ Carta “Contemplad”, n. 1.

“El programa del cristiano –el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús– es un “corazón que ve”. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia”³¹.

El testimonio cristiano es coral, nunca profecía solitaria. El testimonio coral es experto en *la comunión de las diferencias* (Jn 17,21)³². Y así es capaz de elaborar –comunitariamente– significados y signos nuevos, pensados y contruidos incluso en el momento de las persecuciones y del martirio³³. La vida cristiana quiere hoy caminar en la perspectiva de las promesas de Dios y debe estar dispuesta a buscarlas incluso con el martirio, en los momentos difíciles³⁴.

Los relatos martiriales proclaman la primacía de Dios, la fantasía creadora del Espíritu y su fuerza –que transforma la vida de las personas, de las fraternidades, de las colectividades³⁵.

También hoy muchos cristianos –ministros ordenados, religiosos, laicos– se sienten llamados a vivir su misión en áreas donde pesan las amenazas de la violencia y del terrorismo, del recrudecimiento del fundamentalismo religioso e ideológico, de la explotación ambiental y de la sensibilidad hacia otras situaciones y formas de conflicto humano, dando a menudo la vida hasta el martirio. Muchos cristianos se saben llamados a abrir su corazón y a crear espacios con las personas que no comparten nuestra fe, nuestros valores, nuestra cultura³⁶. Los mártires cristianos marcan una parábola ascendente y apasionada: la Iglesia sigue siendo la de Jesucristo que anunció persecuciones para sus discípulos³⁷.

Vida cristiana y realidad del martirio nos indican «dónde está la Iglesia» (Papa Benedicto³⁸).

³¹ Carta “Contemplad”.

³² Cf. Carta “Escrutad”, n. 17.

³³ Cf. Carta “Escrutad”, n. 17.

³⁴ Cf. Carta “Escrutad”, n. 18.

³⁵ Cf. Carta “Anunciad”, n. 42.

³⁶ Cf. Carta “Anunciad”, n.79. La vida consagrada quiere vivir en la lógica de la kénosis, experimentada durante toda la vida, incluso con el signo del martirio y partícipe así de la vida de Cristo Resucitado: «Y desde la Cruz, acto supremo de misericordia y de amor, renacemos como “criatura nueva (Ga 6,15)» Cf. Carta “Alegraos”.

³⁷ Cf. Carta “Anunciad”, n. 89.

³⁸ Cf. J. Ratzinger, *Perché siamo ancora nella Chiesa*, Rizzoli, Milano 2008, 26.

“LA ÚLTIMA MISIÓN”:
EL MARTIRIO EN SU CONTEXTO
PNEUMATOLÓGICO Y APOCALÍPTICO

José Cristo Rey García Paredes, CMF

Jornadas Martiriales –
Barbastro, 28 noviembre 2017

I. EL MARTIRIO: MISIÓN DEL ESPÍRITU EN CONTEXTO APOCALÍPTICO	1
1. El paradigma “trinitario” de la Misión y no el “eclesiocéntrico”	2
2. El martirio: testimonio en un contexto apocalíptico	3
II. EL MARTIRIO: “ÚLTIMO FIAT” A UNA ALIANZA “A MUERTE”	6
1. “Donde haya odio ponga yo amor”	6
2. Defensa de la identidad “cristiana”: “Quiero ser quien soy”	7
3. Representación “en miniatura” de la pasión del Señor	8
4. “Alguien sufrirá conmigo”	9
III. EL MARTIRIO: VICTORIA, RELATO Y “TESTIFICATIO”	9
1. Las cuatro tentaciones que entorpecen la Misión y el Testimonio	9
2. El relato persuasivo: el don y no el victimismo	11
3. El martirio indica dónde está la Iglesia	12